

la Escuela de Chicago. Tal vez a alguien comenzó a descolgársele un poco la mandíbula cuando se vio forzado a justificar un caso de tortura para no perder el cargo o la esperanza de obtenerlo después de las inminentes elecciones. «En los espejos de Villa Valeria todos íbamos dejando nuestra propia máscara labrada por los actos de sumisión —confiesa Vicent—, por todas las renunciaciones y también por la ilusión de un tiempo nuevo que no estaba escrito todavía.»

Jardín de Villa Valeria es la crónica de un trozo de historia muy reciente. Su autor nos la cuenta con ingenio, humor, belleza y un estilo muy personal, y también con pesar. Sólo un «pero» se le debe poner a Vicent, y es que se copia demasiado a sí mismo. En el presente volumen hay párrafos idénticos a los ya escritos en novelas anteriores.

Isabel de Armas

Ampuero: expectativa y desenlace

Fernando Ampuero (Lima, 1949) es un periodista y narrador que en la década del 70 comenzó a publicar, primero libros de cuentos

(*Paren el mundo que acá me bajo*, 1972; *Deliremos juntos*, 1975) y luego una novela (*Miraflores Melody*, 1979). Tras un paréntesis de viajes y aventuras por el extranjero, volvió en esta década a su actividad literaria con renovadas fuerzas, como lo demuestran su segunda novela *Caramelo verde* (1992), su libro de cuentos *Malos modales* (1994) y el que es ahora su último volumen de relatos: *Bicho raro*¹. En esta segunda fase, su mundo de ficción ha dado visibles muestras de madurez, como lo atestiguan, por ejemplo, el cuento que da título a *Malos modales*. Pero quien quiera tener una imagen del grado de desarrollo al que ha llegado su arte narrativo, no tiene mejor oportunidad que la de leer *Bicho raro*: despliega, a la vez, sus virtudes fundamentales y algunos rasgos no del todo satisfactorios. Pero el hecho de que, pese a estas limitaciones, el libro se deje leer con agrado, es un índice de los dones básicos del escritor.

Dos cualidades destacan en él. La primera no es muy frecuente: la capacidad para tratar asuntos, personajes y circunstancias de muy diversa naturaleza. Siete son los relatos que componen el libro y, aunque todos tienen un claro sesgo realista (más de uno quizá basado en experiencias vividas), casi ninguno de ellos ocurre en el mismo nivel referencial del otro. Las situaciones y conflictos que Ampuero cubre se despliegan en un

¹ Lima: Jaime Campodónico Editor, 1996.

arco muy amplio y variado: la relación conyugal, el mundo de la infancia, la violencia de la guerra, la vida bohemia y errante, el sentido mismo de la existencia, etc. No es fácil saber narrar todos esos diversos aspectos de lo humano con la habilidad suficiente para hacerlos válidos como ficciones; Ampuero lo logra casi siempre, mostrando un íntimo conocimiento de realidades a veces muy complejas y la capacidad para hacerlas vivir en el texto: es un narrador versátil y convincente. (Vista desde otra perspectiva, esta diversidad tal vez podría considerarse un defecto: su mundo narrativo se dispersa demasiado y carece de un centro, de un foco que le dé un perfil más nítido.)

La otra virtud es saber crear expectativa en el lector y mantener su interés. Aun en los cuentos más débiles resulta difícil ponerlo de lado, porque la forma como teje las tramas tiene una singular seducción. Esta cualidad surge porque Ampuero tiene habitualmente una buena historia que contar, o un personaje en el que podemos creer, o una situación suficientemente atractiva como para observar el modo en que evoluciona. Como dijimos más arriba, la perspectiva esencial del autor es la realista, pero alejada de toda pretensión testimonial o documental, y aligerada por un leve soplo de humor y de razonable comprensión de la conducta humana. Estilísticamente, tampoco cae en esa forma vacía del experimentalismo que atrae a

otros narradores: su lenguaje es funcional, económico, estrictamente apegado a lo que cuenta. Lo que sabe hacer es administrar la marcha del relato, acelerar aquí, demorar allá, dar una general sensación de fluidez que atrapa al lector.

Paradójicamente, esta cualidad hace más notoria cierta sensación insatisfactoria que dejan varios de sus cuentos, incluso los mejores: la expectativa no es resuelta de modo cabal por el desenlace; dicho de otro modo: las conclusiones anticlimáticas, que en sí mismas son perfectamente legítimas, parecen en el caso presente negarnos algo que el propio relato prometía. En el cuento «Bicho raro», el paciente le hace una confesión al doctor, pero le anuncia que «hay algo más» (p. 166), que no llega a revelar; y luego le dice: «... tal vez desperté en usted una expectativa que no lo ha dejado satisfecho» (p. 172). El lector de Ampuero suele quedar en una situación similar por culpa de ese problema. El arte de todo cuentista culmina en ese momento clave que Cortázar comparaba con un *knock-out* pugilístico. El golpe final de Ampuero es débil o no da plenamente en el blanco.

Salvo «Azul caribe», que sí resulta un relato fallido porque se dispersa en muchas direcciones a la vez sin decidirse por ninguna, todos los demás tienen suficiente interés para el lector y méritos literarios que el crítico puede apreciar. Los mejores son «Criaturas musicales», «Cuarto del oeste» y

«Los árboles». El primero es posiblemente el único realmente impecable: es un cuento que vale sobre todo por su atmósfera y la observación atenta de las sutiles formas de agresión emocional y verbal por las que atraviesa un joven matrimonio, tal como las registra la mirada aguda pero inocente de su pequeña hija. Algo está destruyendo esa relación, pero no sabemos bien su causa, aunque la intuimos; el llanto final del marido vela ese secreto, pero nos da un indicio de la magnitud del drama.

«Cuarto del oeste» tiene el hermoso lirismo de lo cotidiano y lo simple, que recuerda un poco ciertos relatos de Julio Ramón Ribeyro que, junto con Alfredo Bryce Echenique, son influjos visibles en el libro. El acto que esos niños cometen con el cuerpo muerto de la tía Elenita es censurable pero está narrado con una delicada ternura que complica el juicio moral que nos merece. Es una lástima que el desenlace no aproveche todas las posibilidades que la historia presentaba. Los sueños del protagonista-narrador y de su hermano Gabriel, y las dudas que dejan en ellos sobre lo que ocurrió, parecen eludir la cuestión misma: el efecto real que el acto o ceremonia erótica tuvo en ellos. «Los árboles» es un cuento muy dramático, con un ritmo narrativo bien medido, cuyo trasfondo es el reciente conflicto peruano-ecuatoriano. Dos soldados perdidos en lo más espeso de la selva amazónica tratan de hallar un camino, en

medio del peligro de las minas y de la cercanía del enemigo. Otra vez el desenlace —uno de los hombres delira y hace una referencia a un inexistente auto— resulta una especie de desvío de la situación creada por el mismo relato.

«Más allá del amor a los perros» y «Una pasión del espíritu» se parecen algo entre sí: son historias divertidas y más livianas de aventureros y bohemios peruanos en ambientes extranjeros. Más logrado es el primero, que ocurre en una Suiza que el narrador compara con «una inmensa clínica de reposo» (p. 93); el otro es, por momentos, menos verosímil de lo que necesitaría para funcionar bien. La historia de un hombre que orina sobre los objetos que aprecia para hacerlos «suyos» podría haber abierto posibilidades más significativas, si Ampuero, en vez de hacer que su personaje eligiese como objeto de su «anti-homenaje», no *El gran vidrio* de Duchamp, sino precisamente *Fuente*, que es una forma análoga de broma o profanación estética.

«Bicho raro» es el único relato del que puede decirse que le sobran páginas: las del comienzo, que demoran demasiado la situación central. Ésta se presenta en un tono crecientemente «filosófico», con divagaciones algo solemnes, aunque eso no impide que el doctor Perales sea un personaje interesante. El defecto aquí es nuevamente la conclusión, que deja algo sin resolver y que no satisface todas las expectativas creadas.

Con sus virtudes y defectos, *Bicho raro* es el libro de un escritor que tiene cosas valiosas por decir y que sabe decirlas con destreza, vigor y gracia. Leyéndolo pensé que era lamentable que, por el simple hecho de haber publicado exclusivamente en el Perú, Ampuero no sea ya conocido y leído en el resto del continente: lo merece, porque es uno de nuestros mejores cuentistas activos hoy.

José Miguel Oviedo

Diario imaginario

Diario imaginario (Medellín: Universidad de Antioquía, 1988), del ensayista y escritor peruano Julio Ortega, reúne un conjunto de anotaciones realizadas a lo largo de diez años, entre 1973 y 1983, centradas en torno al sentido de la literatura y, por ende, de la vida. Cuaderno circular, donde cada pensamiento es concebido desde sus variantes y es constantemente desplazado a un pensamiento contiguo.

Nuestra lectura ha instituido cuatro círculos, que se desdoblán conformando una estructura en espiral: el círculo de la literatura (narrar, actuar, soñar), el de los viajes (las

migraciones), la persona (los parajes del *yo*) y el lugar natal (las filiaciones). Estos círculos concentran un ansia de transgresión implosiva, una búsqueda poética y ritual de nuevos límites culturales. Es el recorrido por los márgenes de la vida, por las exclusiones que cada comunidad hace para asegurar un orden precario.

Cada página de este *Diario* es una inquisición por lo que está quedando en el camino, y es también la vivencia de lo oculto, el juego mental con el revés de los signos y de las cosas. Veamos.

La literatura

Las páginas del *Diario* abarcan un territorio no demarcado: los apuntes sueltos, los borradores, las anotaciones al margen. Esta marginalia está guiada por un espíritu utópico, que resiste los roles que se le asigna: «No, no se trata de ‘madurar’ un proyecto, ni de aguardar por su ‘irrupción’. Para mí se trata de otra apuesta completamente imprevista: la de no escribir esa novela, la de deshacer su escritura por medio de su anotación inversa, paralela, equidistante» (29).

En un acto de subversión, esta escritura invertirá el orden normal de la composición de una novela: el borrador no antecede a la página en limpio (la gran novela), sino que la sucede, constituyéndose como un comentario irrisorio de ella: «Ya no las notas para una novela, sino la novela de una anotación» (30).